

*No se angustien por nada
y en cualquier circunstancia,
recurran a la oración
y a la súplica. (Flp. 4,6)*



Lima, Julio del 2015

Mis queridas Hermanas.

¡Que el bello rostro de Dios resplandezca siempre en Ustedes!.

Cada año recordamos el grito de libertad del 28 de Julio de 1821. Somos herederas de esa tradición. Estamos muy agradecidas a Dios, y a los que lograron la independencia de la patria. Han pasado muchos años. La situación ha cambiado bastante. Pero agradecemos una historia en la cual hemos sido bendecidos por Dios. Miramos el presente como una oportunidad a nosotras confiada, con sus logros y debilidades. Y preparamos el futuro, que en gran parte depende de nosotras, con la responsabilidad de asumir con gozo nuestro ser de consagradas y hacer creíble con nuestro testimonio los valores del Reino.

En estos días he sentido un fuerte impulso de hacerme esta pregunta: ¿rezo?... que se extendió luego: las Religiosas de la Inmaculada Concepción ¿rezamos?, ¿rezamos lo suficiente, lo necesario? Tuve que darme la respuesta sobre mi misma. Al ofrecerles ahora la pregunta mi deseo es que cada una de Ustedes también pueda responderse desde el fondo del corazón.

La cantidad de los problemas que se están dando hoy, nos llevan a aportar soluciones, idear caminos, buscar, construir... Esto nos lleva gran parte del día. Somos trabajadoras, operarias del Reino y llegamos a la noche cansadas por la actividad realizada. También sentimos el peso y la angustia, de una civilización pagana que pregona sus principios y "valores" con tal seguridad de sí misma que muchas veces, nos hace tambalear en nuestras convicciones, en la constancia apostólica y hasta en nuestra real y concreta fe en el Señor viviente y actuante en medio de la historia de los hombres. Al final del día sin darnos cuenta, se nos filtra en el corazón un cierto pesimismo que nos arruga el alma y asoma la pusilanimidad. Y así, entre el trabajo apostólico por un lado y la cultura con sus anti valores por otro, nuestro corazón se encoge en esa impotencia que nos conduce a una actitud de sobrevivir en el intento de conservar la fe. Sin embargo nos damos cuenta de que algo falta en este planteo, que el horizonte se acercó demasiado hasta convertirse en cerco, que algo hace que nuestra labor apostólica en la proclamación del Reino quede acotada. ¿No será que pretendemos hacer nosotras solas las cosas desde nuestras posibilidades humanas?. Sabemos que solas no podemos. Aquí cabe la pregunta: ¿le damos espacio al Señor? ¿Le dejo tiempo en mi jornada para que Él actúe?, ¿o estoy tan ocupada en hacer yo las cosas que no me acuerdo de dejarlo entrar?

En varias cartas les he dicho sobre el coraje y fervor en nuestra acción apostólica. La misma actitud ha de darse en la oración: orar con parresía como dice el Papa Francisco (Valentía, franqueza, libertad de espíritu). No quedarnos tranquilas con haber pedido una vez; la oración de intercesión carga con toda nuestra insistencia hasta el límite. Así oraba David cuando pedía por el hijo moribundo (2 Sam. 12, 15-18), así oró Moisés por el pueblo rebelde

(Ex. 32, 11-14) dejando de lado su comodidad y provecho personal y la posibilidad de convertirse en líder de una gran nación (Ex.32, 10): no negoció a su pueblo sino que la peleó hasta el final. Nuestra conciencia de ser elegidas por el Señor para la consagración nos debe alejar de toda indiferencia, de cualquier comodidad o interés personal en favor de nuestra Patria y a la que somos enviadas en honor a la obediencia por sierra y costa a servir. Como Abraham hemos de regatearle a Dios su salvación con verdadero coraje... y esto cansa como se cansaban los brazos de Moisés cuando oraba en medio de la batalla (cf. Ex.17; 11-13). La intercesión no es para flojas. No rezamos para “cumplir” y quedar bien con nuestra conciencia o para gozar de una armonía interior meramente estética. Cuando oramos estamos luchando por nuestro pueblo peruano y por el mundo, por la salvación de las almas, como lo hacía Domingo y Eduviges. ¿Así oro yo? ¿O me canso, me aburro y procuro no meterme a fondo y que mis cosas anden tranquilas? ¿Soy como Abraham en el coraje de la intercesión o termino en aquella mezquindad de Jonás lamentándome de una gotera en el techo y no de esos hombres y mujeres “que no saben distinguir el bien del mal” (Jon.4:11), víctimas de una cultura sin Dios?

En el Evangelio Jesús es claro: “pidan y se les dará”, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá” y, para que entendamos bien, nos pone el ejemplo de ese hombre pegado al timbre del vecino a medianoche para que le dé tres panes, sin importarle pasar por maleducado: sólo le interesaba conseguir la comida para su huésped. Y si de inoportunidad se trata miremos a aquella cananea (Mt.15:21-28) que se arriesga a que la saquen corriendo los discípulos y a que le echen con tal de lograr lo que quiere: la curación de su hija. Esta mujer sabía pelear con coraje en la oración!!.

A esta constancia e insistencia en la oración el Señor promete la certeza del éxito: “Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá”. Cuando Jesús nos exhorta a orar con insistencia nos lanza al seno mismo de la Trinidad y, a través de su santa humanidad, nos conduce al Padre.

Todos somos conscientes de la dimensión pagana de la cultura que vivimos, que debilita nuestras certezas y nuestra fe. Diariamente somos testigos del intento de los poderes de este mundo para desterrar al Dios Vivo y suplirlo con los ídolos de moda. Nosotras con nuestra vida coherente y Predicación marquemos la diferencia, tengamos presente las palabras del Papa Francisco: “Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo”.

Para los medios de comunicación la santidad no es noticia, sí –en cambio- el escándalo y el pecado como la aprobación en EE. UU del matrimonio homosexual y el aborto. ¿Quién puede pelear de igual a igual con esto? ¿Alguna de nosotras puede ilusionarse que con medios meramente humanos, podrá hacer algo? Cuidado: nuestra lucha no es contra poderes humanos sino contra el poder de las tinieblas (cf. Ef.6, 12). Como pasó con Jesús (cf. Mt.4, 1-11).

El enemigo buscará seducirnos, desorientarnos, ofrecer “alternativas viables”. No podemos darnos el lujo de confiarnos. Es verdad, debemos dialogar con todas las personas, pero con la tentación no se dialoga. Allí la alternativa es la fuerza de la Palabra de Dios; como el Señor en el desierto, recurrir a la mendicidad de la oración: la oración del niño, del pobre y del sencillo; de quien sabiéndose hijo pide auxilio al Padre; la oración del humilde, los humildes no tienen nada que perder; más aún, a ellos se le revela el camino. Es hora de oración. Pienso en Santa María de la Paz, la Patrona de nuestro Perú ¿cómo viviría las contradicciones cotidianas y como oraría sobre ellas? ¿Qué pasaba por su corazón cuando regresaba de Ain Karim y ya eran evidentes los signos de su maternidad? ¿Qué le iba a decir a

José? O ¿cómo hablaría con Dios en el viaje de Nazareth a Belén o en la huída a Egipto, o cuando Simeón y Ana espontáneamente armaron esa liturgia de alabanza, o aquel día en que su hijo se quedó en el Templo, o al pie de la Cruz? Ante estas contradicciones y tantas otras ella oraba con todo su corazón ante la presencia del Padre pidiendo poder leer y entender los signos de los tiempos y poder cuidar el trigo.

Qué bueno sería si lográramos entender y seguir el consejo de San Pablo: “No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús”. (Flp. 4, 6-7).

Pido al Señor que nos haga más orantes como lo era Él cuando vivía entre nosotros; que nos haga insistentemente pedigüños ante el Padre. Pido al Espíritu Santo que nos introduzca en el Misterio del Dios Vivo y que ore en nuestros corazones. Les pido que sigamos adelante en nuestro trabajo apostólico adentrándonos más en familiaridad con Dios; hermanas queridas me gustaría verlas a todas para el curso taller del 30 de julio, Con Fray Nelson, les pido que hagamos el esfuerzo de responder concretamente al desafío del Evangelio y de nuestra consagración.

En esta sintonía de oración de intercesión, elevemos nuestra acción de gracias al Dios de la Fidelidad, por los 25 años de generosa entrega de nuestras queridas Hermanas Ana María del Rosario Pacherez Olaya, Haydée del Rosario Alvarado Fernández y María Genoveva de Lourdes Sáenz Quispe.

Cuánto hay que agradecer... tantos años de fidelidad ofreciendo al Amado Divino, los gozos y los sufrimientos, las aspiraciones y las súplicas de todos los hermanos. Años de fidelidad que nos ayudan a mantener encendida la lámpara de la fe, del sí dado con generosidad y del compromiso de amor con el AMOR PRIMERO.

De manera especial en este tiempo me encomiendo a sus fervorosas oraciones. Que Jesús las bendiga y nuestra Señora de la Paz las cuide y las proteja.

¡Feliz 28 de julio! ¡Viva el Perú!

Con inmenso cariño mi oración y bendición.

Hna. Elfi Pozo Aguilar
Piora Provincial